

PQ 2225
-C8
36
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LAS PREDICCIONES

PRÓLOGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

UN VIEJO HIDALGO Y UN VIEJO MAYORDOMO.

Hacia primeros de Abril de 1784, á eso de las tres y cuarto de la tarde, el viejo mariscal de Richelieu, después de impregnarse las cejas de una tintura perfumada, separó con la mano el espejo que le tenía su ayuda de cámara, sucesor pero no reemplazante del fiel Rafé, y meneando la cabeza con ese aire que le era peculiar:

— Vamos, dijo; ¡estoy bien así!

Y se levantó de su sillón, sacudiendo, con un aire enteramente juvenil, los átomos de polvos blancos que habían caído de su peluca á sus calzones de terciopelo azul celeste.

Luego, después de dar dos ó tres vueltas por su gabinete de tocador, tendiendo la pierna y estirando el pie:

— ¡Mi mayordomo! dijo.

Al cabo de cinco minutos se presentó el mayordomo en traje de ceremonia.

El mariscal tomó un aire de gravedad adecuado á la situación.

— ¿Supongo, dijo, que me habréis preparado una buena comida?

— Sin duda, monseñor.

— He mandado entregaros la lista de mis convidados.

— Y conservo fielmente en la memoria su número, monseñor. Nueve cubiertos, ¿no es esto?

— Es que hay cubiertos y cubiertos.

— Verdad es, monseñor... pero...

El mariscal interrumpió al mayordomo con un ligero movimiento de impaciencia, aunque templado por la majestad.

— ¡Pero... no es una respuesta! y siento mucho decir que siempre que he oído la palabra *pero*, y la he oído bien de veces en estos ochenta y ocho años, iba seguida de una necesidad.

— ¡Monseñor!...

— Primeramente, ¿á qué hora comeremos?

— Monseñor, los de la clase media comen á las dos, los togados á las tres, y la nobleza á las cuatro.

— Y yo ¿á qué hora comeré?

— Monseñor comerá hoy á las cinco.

— ¡Oh, oh! ¿á las cinco?

— Sí, monseñor, como el rey.

— ¿Y por qué como el rey?

— Porque en la lista que monseñor me ha hecho el honor de pasarme, hay un nombre de rey.

— Nada de eso, os equivocáis; entre mis convidados de hoy no hay más que simples hidalgos.

— Sin duda monseñor quiere chancearse con su humilde criado, y le doy gracias por el honor que me dis-

pensa; pero el señor conde de Haga, que es del número de los convidados...

— ¿Y qué?

— Que el señor conde de Haga es un rey.

— No conozco ningún rey de ese nombre.

— Entonces perdoneme, monseñor, dijo el mayordomo inclinándose; pues había creído... había supuesto...

— Vuestro encargo no es el creer, ni vuestra obligación el suponer. Lo que tenéis que hacer es leer las órdenes que os doy sin añadirles ningún comentario, pues cuando quiero que se sepa una cosa la digo, y cuando no la digo, quiero que se ignore.

El mayordomo hizo una segunda inclinación, y esta vez la hizo quizás con más respeto que si estuviese hablando con un rey reinante.

— Conque así, prosiguió el viejo mariscal, puesto que no tengo más que hidalgos á la mesa, tendréis á bien hacerme comer á mi hora acostumbrada; esto es, á las cuatro.

Á esta orden, obscurecióse la frente del mayordomo como si acabase de oír pronunciar su sentencia de muerte: palideció, y se plegó bajo aquel golpe, pero enderezándose luego con el valor de la desesperación, exclamó:

— ¡Suceda lo que Dios quiera! pero monseñor no comerá hasta las cinco.

— ¿Por qué? ¿cómo es eso? preguntó el mariscal con tono grave.

— Porque es materialmente imposible que monseñor coma antes de las cinco.

— Señor mío, dijo el mariscal agitando con orgullo su cabeza viva y joven aun, ¿hace veinte años, á lo que creo, que estáis á mi servicio?

— Veintiún años, un mes y dos semanas, monseñor.

— Y bien; á esos veintiún años, un mes y dos semanas no añadiréis un día más, ni una sola hora. ¿Lo oís? repuso el viejo mariscal mordiéndose sus delgados labios y frunciendo sus teñidas cejas. Desde esta tarde buscaréis otro amo; porque no quiero que se pronuncie en mi casa la palabra imposible, ni quiero tampoco hacer el aprendizaje de esta palabra á mi edad. No estoy para perder tiempo.

El mayordomo se inclinó por tercera vez.

— Esta tarde me despediré de monseñor, dijo, pero al menos hasta el último momento habré desempeñado mi servicio cual conviene.

Y dió dos pasos hacia atrás en dirección de la puerta.

— ¿Qué es lo que llamáis *cual conviene*? exclamó el mariscal. Sabed que aquí hay que hacer las cosas *cual me conviene á mí*, y nada más. Yo quiero comer á las cuatro, y cuando quiero comer á esa hora, *no me conviene* que me hagáis comer á las cinco.

— Señor mariscal, dijo el mayordomo, he servido de repostero al señor príncipe de Soubise, y de mayordomo al señor príncipe cardenal Luis de Rohán. En casa del primero comía una vez al año S. M. el difunto rey de Francia, y en la del segundo comía una vez por mes S. M. el emperador de Austria; de consiguiente sé cómo se trata á los soberanos, monseñor. En casa del señor de Soubise, en vano el rey Luis XV se llamaba barón de Gonesse, pues era siempre un rey; y en casa del segundo, esto es, en la del señor de Rohán, el emperador José se llamaba en vano conde de Pakenstein, pues era siempre emperador. Hoy el señor mariscal recibe un convidado que en vano se llama conde de Haga; porque no por eso deja de ser el rey

de Suecia. Esta tarde dejaré el palacio del señor mariscal, ó el señor conde de Haga será tratado aquí como rey.

— Eso es precisamente, señor terco, lo que me mato en prohibiros; pues el conde de Haga quiere guardar el más riguroso incógnito. ¡Pardiez! Bien conozco en ese rasgo vuestra necia vanidad, señores de la servilleta! Lo que tratáis de hacer no es honrar á la corona, sino vanagloriaros vosotros mismos con nuestro dinero.

— No supongo, repuso con acrimonia el mayordomo, que monseñor me hable seriamente de dinero.

— ¡Oh! ¡nada de eso! dijo el mariscal con humildad. ¡De dinero! ¿quién diablos os habla de dinero? Os ruego que no eludáis la cuestión, y os repito que no quiero que se hable aquí de rey.

— Pero, señor mariscal, ¿por quién me tomáis? ¿Creéis que voy á obrar así á ciegas? Ni un momento se tratará aquí de rey.

— Entonces no os obstinéis, y hacedme comer á las cuatro.

— No, señor mariscal, porque á las cuatro no habrá llegado lo que aguardo.

— ¿Qué aguardáis? ¿un pescado, como M. Vatel?

— ¡M. Vatel! ¡M. Vatel! murmuró el mayordomo.

— Y bien; ¿os choca la comparación?

— No me choca; pero por una desgraciada estocada de que M. Vatel se atravesó el cuerpo, se ha inmortalizado!

— ¡Ah! ¡ah! ¿y os parece que vuestro cofrade ha pagado la gloria demasiado barata?

— No, monseñor; pero ¡cuántos sufren más que él en nuestra profesión y devoran dolores ó humillaciones cien veces más crueles que una estocada, y sin embargo no se han inmortalizado!

— ¡Eh! ¿no sabéis que para immortalizarse es preciso ser de la Academia ó morir?

— Monseñor, si así es, más vale vivir y hacer su servicio. Yo no moriré, y haré mi servicio como se habría hecho el de M. Vatel, si el señor príncipe de Condé hubiera tenido la paciencia de aguardar una media hora.

— ¡Oh! me estáis prometiendo maravillas; eso es muy diestro.

— No, monseñor; no prometo ninguna maravilla.

— Pero entonces ¿qué es lo que aguardáis?

— ¿Quiere monseñor que se lo diga?

— ¿Pues nó he de querer? Estoy ansiando saberlo.

— Pues bien, monseñor: aguardo una botella de vino.

— ¡Una botella de vino!... Explicaos, porque la cosa empieza á interesarme.

— He aquí de qué se trata, monseñor: Su Majestad el rey de Suecia... perdonad, quería decir el Excelentísimo señor conde de Haga, no bebe nunca más que vino de Tokay.

— Y bien; ¿tan desprovista está mi bodega que no hay en ella vino de Tokay? En ese caso sería preciso despedir al repostero.

— No, monseñor, al contrario, aun tenéis como unas sesenta botellas de Tokay.

— Y bien; ¿creéis que el conde de Haga bebe sesenta y una botellas de vino en la comida?

— Escuchad, monseñor; cuando el señor conde de Haga vino por la primera vez á Francia, no era más que príncipe real; entonces comió en casa del difunto rey, que había recibido doce botellas de Tokay de S. M. el emperador de Austria. Ya sabéis que el Tokay de primera

calidad está reservado para la bodega de los emperadores, y que ni aun los mismos soberanos beben de él sino cuando S. M. el emperador tiene á bien enviárselo.

— Lo sé.

— Pues bien, monseñor, de aquellas doce botellas que probó el príncipe real y que halló admirables, hoy solo quedan dos.

— ¡Oh, oh!

— La una está aun en las bodegas del rey Luis XVI.

— ¿Y la otra?

— ¡Ah! ahí está el busilis, monseñor! dijo el mayordomo con una sonrisa de triunfo, porque, después de la larga lucha que acababa de sostener, sentía que se acercaba para él el momento de la victoria. Y bien; la otra fué sustraída.

— ¿Por quién?

— Por un amigo mío, repostero del difunto rey, que me debía grandes favores.

— ¡Ah, ah! ¿y que os la regaló?

— Cierto que me la regaló, monseñor, respondió con orgullo el mayordomo.

— ¿Y qué hicisteis de ella?

— La deposité preciosamente en la bodega de mi amo, monseñor.

— ¡De vuestro amo! ¿y quién era entonces vuestro amo?

— Monseñor el cardenal príncipe Luis de Rohán.

— ¡Dios mío! ¿En Strasburgo?

— En Saverna.

— ¡Y habéis enviado por esa botella para mí! exclamó el viejo mariscal.

— ¡Para vos, monseñor! respondió el mayordomo con el mismo tono con que hubiera dicho: ¡Ingrato!

El duque de Richelieu cogió la mano del viejo dependiente exclamando:

— ¡Os pido perdón! ¡sois el rey de los mayordomos!

— ¡Y vos me despedís! replicó éste con un movimiento de cabeza y hombros intraducible.

— Os pago por esa botella cien doblones de oro.

— Y con ciento que costarán al señor mariscal los gastos de viajes harán doscientos. Pero confesará monseñor que es de balde.

— Confesaré cuanto queráis; entre tanto desde hoy os doblo el sueldo.

— Pero, monseñor, esto no merece nada, pues no he hecho más que mi deber.

— ¿Y cuándo llegará vuestro correo de los cien doblones?

— Monseñor va á juzgar si he desperdiciado el tiempo: ¿qué día me ha encargado monseñor la comida?

— Creo que hace tres días.

— Un correo á todo escape necesita veinticuatro horas para ir y otras tantas para volver.

— Os sobran otras veinticuatro horas, príncipe de los mayordomos, ¿qué habéis hecho de ellas?

— ¡Ay, monseñor! las he perdido. No me ha ocurrido esa idea hasta el día siguiente al en que me disteis la lista de vuestros convidados. Ahora calculemos el tiempo invertido en la negociación, y veréis, monseñor, que pidiéndoos hasta las cinco solo os pido el tiempo estrictamente necesario.

— ¡Cómo! ¿aun no está aquí la botella?

— No, monseñor.

— ¡Dios de misericordia! ¿y si vuestro colega de Saverina es tan adicto al señor príncipe de Rohán como vos lo sois á mí?

— ¿Y qué, monseñor?

— ¿Que si negase la botella, como vos mismo la habríais negado?...

— ¿Yo, monseñor?

— Sí, porque supongo que no daríais una botella como esa si se hallase en mi bodega.

— Pido humildemente perdón á monseñor; si un cofrade que tuviera que obsequiar á un rey viniese á pedirme vuestra mejor botella de vino, se la daría sin vacilar un instante.

— ¡Oh! exclamó el mariscal haciendo una ligera mueca.

— Hoy por ti y mañana por mí, monseñor.

— Entonces casi estoy sin cuidado, dijo el mariscal; pero aun tenemos un peligro.

— ¿Qué peligro, monseñor?

— ¿Si la botella se rompe?

— ¡Oh! Monseñor, no hay ejemplo de que un hombre haya roto una botella de vino que valiese dos mil libras.

— Tenéis razón, no hablemos más de ello. ¿Y á qué hora llegará vuestro correo?

— Á las cuatro en punto.

— Entonces, ¿quién nos impide comer á las cuatro? repuso el mariscal, tereco como una mula castellana.

— Monseñor, mi vino necesita una hora para reposarse, y eso gracias á un procedimiento de que soy yo el inventor, porque sin él se necesitarían tres días.

El mariscal, batido otra vez, hizo un saludo al mayordomo en señal de derrota.

— Por otra parte, prosiguió el mayordomo, sabiendo los convidados de monseñor que tendrán el honor de comer con el señor conde de Haga, no llegarán hasta las cuatro y media.

— ¡ Esta es otra !

— Sin duda, monseñor ; los convidados de monseñor son, ¿ no es verdad ? el señor de Launay, la señora condesa Dubarry, el señor de La Perouse, el señor de Favras, el señor de Condorcet, el señor de Cagliostro y el señor de Taverney.

— ¡ Y bien !

— Y bien ; procedamos por orden, monseñor : el señor de Launay viene de la Bastilla ; desde París, con el hielo que hay en los caminos, se tarda tres horas.

— Sí, pero se pondrá en camino así que hayan comido los presos, esto es, á las doce ; eso lo conozco yo bien.

— Perdonad, monseñor ; desde que monseñor ha estado en la Bastilla se ha variado la hora de comer : la Bastilla come ahora á la una.

— Cuanto uno más vive más aprende ; os doy gracias : proseguid.

— Madama Dubarry viene de Luciennes, que es una cuesta perpetua, y por entre hielos.

— Eso no la impedirá de ser puntual, pues desde que no es más que la favorita de un duque, ya no la echa de reina sino con los barones. Pero, á vuestra vez, comprended esto : yo quería comer temprano á causa del señor de La Perouse, que parte esta noche y no querría retardarse.

— Monseñor, el señor de La Perouse está en el cuarto del rey, hablando de geografía y cosmografía con S. M. y el rey no le soltará tan pronto.

— Es muy probable...

— Es seguro, monseñor ; y lo mismo sucederá con el señor de Favras que está en el cuarto del señor conde de Provenza, y que sin duda está hablando de la pieza de M. Carón de Beaumarchais.

— ¿ Del *Matrimonio de Figaro* ?

— Sí, monseñor.

— ¿ Sabéis que sois un completo literato ?

— Leo en mis ratos perdidos, monseñor.

— Tenemos al señor de Condorcet que, como geómetra que es, podrá muy bien picarse de puntual.

— Sí, pero se distraerá en un cálculo, y cuando se desembarace de él se hallará media hora atrasado. En cuanto al conde de Cagliostro, como ese señor es extranjero y hace poco que habita en París, es probable que aun no conozca bien la vida de Versalles y que se haga esperar.

— Vamos, dijo el mariscal ; menos Taverney, habéis nombrado á todos mis convidados, y eso con un orden de enumeración digno de Homero ó de mi pobre Rafé.

El mayordomo hizo una inclinación.

— No he hablado del señor de Taverney, dijo, porque ese caballero es un antiguo amigo que se conformará con los usos. ¿ Creo, monseñor, que esos son los ocho cubiertos de esta tarde ?

— Perfectamente. ¿ Y en dónde disponéis que comamos ?

— En el gran comedor, monseñor.

— Nos vamos á helar allí.

— Hace tres días que se le está calentando, monseñor, y he arreglado la atmósfera á diez y ocho grados.

— Muy bien... pero está dando la media.

El mariscal echó una ojeada al reloj, y añadió :

— Son las cuatro y media.

— Sí, monseñor; y he ahí un caballo que entra en el patio: trae mi botella de vino de Tokay!

— ¡Quiera el cielo que me vea servido de este modo otros veinte años aun! dijo el mariscal volviéndose á su espejo mientras que el mayordomo corría á su despensa.

— ¡Veinte años! repitió una voz jovial interrumpiendo al duque precisamente al echar la primera mirada al espejo. ¡Veinte años! mi querido mariscal, os lo deseo con toda el alma; pero entonces, duque, yo tendría sesenta, y sería muy vieja.

— ¡Sois vos, condesa! exclamó el mariscal; ¡vos la primera! ¡Dios mío, qué hermosa y fresca estáis siempre!

— Decid más bien que estoy helada, duque.

— Os ruego que paséis al retrete.

— ¡Oh! ¿una conversación á solas, mariscal?

— Seremos tres, respondió una voz cascada.

— ¡Taverney! exclamó el mariscal. ¡Maldito agua-solaces! añadió al oído de la condesa.

— ¡Fatuo! murmuró madama Dubarry soltando en seguida una gran carcajada.

Y todos tres pasaron á la pieza inmediata.

CAPÍTULO II.

LA PEROUSE.

En aquel mismo instante un ruido sordo de varios coches en el empedrado cubierto de nieve advirtió al mariscal la llegada de sus huéspedes, y á muy breve rato, gracias á la exactitud del mayordomo, se sentaban alrededor de la mesa ovalada del comedor nueve convidados; mientras nueve lacayos, silenciosos como unas sombras, ágiles sin precipitación, atentos sin importunidad, se deslizaban sobre la alfombra y pasaban por entre los convidados sin rozar jamás sus brazos y sin tropezar contra sus sillones, sepultados en una porción de pieles en que los convidados metían sus piernas hasta la rodilla.

He ahí lo que saboreaban los huéspedes del mariscal con el dulce calor de las estufas, la fragancia de los manjares, el aroma de los vinos y el murmullo de las primeras conversaciones después de la sopa.

En el exterior no se oía el más pequeño ruido, los postigos tenían sordinas; dentro tampoco se sentía más ruido que el que hacían los convidados: platos que cambiaban de sitio sin que se les oyese sonar; servicio de plata que pa-